

LIBROS RECIENTES

LA INVENCION DE AMERICA MESTIZA

Arturo Uslar Pietri
Fondo de Cultura
Económica, México,
1997

Antes que nada, Uslar Pietri (Caracas, 1906) aclara que la palabra mestizo tiene mala fama y resulta malsonante. "con una carga negativa". A renglón seguido, precisa que los españoles tuvieron obsesión por la "limpieza de sangre" en un sentido religioso durante la Edad Media para evitar que personas de otras confesiones "contaminaran a los cristianos viejos". "Pero el escenario de América Latina tras la conquista abre una mezcla fecunda entre españoles, indígenas y, más tarde, africanos que convierten este mestizaje en uno de los grandes hechos culturales de la historia", relata el escritor venezolano con una erudición didáctica y nada afectada.

La conciencia de continente y una concepción unitaria del mundo a través de la lengua y del catolicismo aparecen como los efectos más visibles de la llegada de los españoles a América. En

opinión de Uslar Pietri, "los ingleses o los franceses no cuentan con una figura mestiza de la talla de Garcilaso de Vega, hijo de un capitán español y de una princesa inca que fue educado en un palacio donde su padre y sus lugartenientes convivían con su madre y sus parientes". Otro caso emblemático de mestizaje fue Simón Bolívar, un criollo de clase alta, que fue educado por una aya africana a la que amó más que a su madre.

Como quien ofrece una amena lección, el escritor venezolano desgana datos, cifras y análisis para explicar las claves del mestizaje. Así, cuenta que a la llegada de Cristóbal Colón al nuevo continente vivían en América, desde Alaska a Tierra de Fuego, entre 20 y 25 millones de indígenas, y apenas poco más de un millón de españoles llegaron a tierras americanas a lo largo de los siglos XVI y XVII. Por otra parte, alrededor de nueve millones de africanos, de diferentes etnias y lenguas, fueron llevados como esclavos entre comienzos del XVI y mediados del XIX.

No obstante, Uslar Pietri reconoce que los españoles llegaron a América "con espíritu de cruzada porque arrastraban los siglos de perpetua lucha y expansión de la Reconquista". "En realidad", apostilla el escritor,

“llegaron a América para cristianizar como hicieron en Córdoba o Sevilla”.

Por todo ello, la conquista de América fue un acontecimiento deliberadamente cultural y al hilo de esta reflexión Uslar Pietri se permitió criticar a Hernán Cortés: “La primera regla que debe observar el buen conquistador es simular que respeta la cultura autóctona y Cortés vulneró ese principio al destruir, nada más llegar, las imágenes de culto de los mayas”.

Miguel Angel Villena

EL FIN DE LA INOCENCIA

Stephen Koch

Tusquets, 1997

Stephen Koch (profesor de la Universidad de Columbia, escritor y ensayista) es el autor de uno de los más documentados estudios, realizados desde la caída del régimen soviético, sobre la cultura estalinista en la vida intelectual de Occidente. Este estudio sobre las vinculaciones entre los servicios secretos soviéticos y la vida intelectual de Occidente, dio comienzo cuando Gorbachov se embarcó en la “perestroika”. Fue entonces cuando el profesor Koch tuvo —desde 1992— acceso considerable a los Archivos Centrales del Partido, en Moscú, más formalmente conocido como “Centro Ruso para la Conservación y Estudio de los Documentos de la Historia Contemporánea.

En su libro *“El fin de la Inocencia”*, Stephen Koch pone al descubierto los caminos urdidos por Willi Münzenberg —uno de los personajes más misteriosos de los años treinta—, principal responsable en la orquestación de la propaganda soviética. Llegó a tejer una vasta e inmensa red, desde los cafés parisinos, para obtener información; y logró hacer caer en ella a incontables intelectuales de nuestro siglo, los que trabajaron —unos sabiéndolo, otros no— para el estalinismo.

El libro de Stephen Koch tiene un prólogo de François Furet, autor de *“El pasado de una ilusión”*, ese profundo análisis “de una ilusión candelada” al que Jorge Semprún ha destacado como denso y revelador.

En esas páginas prologales, François Furet señala que, para realizar este estudio de la historia del comunismo, el profesor Stephen Koch ha optado una vía no demasiado transitada. “Ha querido —dice— describir la manipulación de que fue objeto la opinión pública a manos de los espías del Komintern en el período de entreguerras”. Y, en consecuencia, ingresa en el universo de la clandestinidad, que le han revelado ahora los archivos secretos soviéticos.

Comenta Furet: “no nos queda más remedio que empezar a acostumbrarnos porque gran parte del fenómeno comunista del siglo XX nos remite a la historia como complot”.

Las historias del complot montado por Willi Münzenberg es compleja y abarca un extenso recorrido, sobre el período norteamericano, británico y francés de entreguerras. Nadie, antes de esta obra —destaca Furet— “había mostrado con tal claridad hasta qué punto Estados Unidos y Gran Bretaña

habían constituido objetivos prioritarios para todos los servicios secretos soviéticos”.

Willi Münzenberg fue encontrado muerto el 22 de octubre de 1940, en una aldea no lejos de Grenoble, llamada Montagne, por dos cazadores. Basta recordar, aquí, que el 21 de junio de 1940 fue el día que el gobierno francés se rindió a los nazis, y, dice Koch, es harto probable que ello tenga estrecha relación con la muerte de este increíble personaje.

Los vericuetos de su accionar en el campo de las operaciones clandestinas de propaganda, estuvieron estrechamente vinculados con numerosos acontecimientos culturales de enorme importancia en este siglo. Entre ellos, la penetración en el Grupo De Bloomsbury, las operaciones que iban desde el Eliseo a Hollywood, o la presencia de André Gide en el funeral oficial de Máximo Gorki. (Esta operación, que Stephen Koch cuenta en detalle, se asemeja a una novela policial. Gorki expiró dos horas después que llegara Gide a Moscú, el 18 de junio, el día que le había sido señalado por Stalin con anticipación, a través de Ilya Eherenburg. Poco después, se conoció la condena del médico de Gorki por asesinato).

En 1914, Münzenberg había conocido a Trotsky, y fue éste quien se lo presentó a Lenin, pues había advertido en aquel hombre, de sólo veintiséis años, un talento especial para el trabajo secreto.

La misión secreta de Münzenberg, en el mundo político, era la de dirigir los lazos invisibles entre la propaganda y el poder. Logró un éxito sorprendente, movilizandolos a los intelectuales de Occidentes en favor de un conjunto de posturas políticas que

satisfacían las necesidades soviéticas. Todo el aparato cultural e intelectual, fue puesto en marcha en favor del estalinismo.

El profesor Koch destaca que: “la mayoría de los simpatizantes controlados por estos agentes, y sin duda la mayoría de la gente que imbujaba de ideales las organizaciones de Münzenberg, no tenían la más remota idea de que sus conciencias estaban siendo orquestadas por agentes de Stalin”.

En su mayoría eran creyentes verdaderos y soñaban con un “humanismo”. El propio Münzenberg concibió la idea de organizar a los intelectuales. Pensaba en ellos como fuertes “creadores de opinión”. Y fue así que decidió “seducir” a conocidos novelistas, periodistas, dramaturgos, artistas, en fin, gente de sensibilidad inocente, a la que manipularía a gusto.

Münzenberg quería, asimismo, “evitar una organización puramente comunista”. Y decía: “debemos atraer a otros nombres, otros grupos, para dificultar la persecución”. Apelar, en consecuencia, a creadores de opinión de la clase media, a simpatizantes liberales que, por más que despreciasen a los bolcheviques, tenían que ser utilizados.

A Lenin, que no apreciaba a los “humanistas burgueses”, la idea lo espantaba, pero finalmente llegó a aceptarla, a regañadientes. Stalin, sin embargo, no dudó jamás: era necesario que la Revolución explotara a simpatizantes fuera de Rusia.

Controlar a los “portavoces independientes” no era una tarea sencilla, y férreamente, a rienda corta, la maniobra fue guiada por Münzenberg. Le dedicaba a ello todas sus energías. Su enorme aparato

abarcar los grupos interrelacionados de Hollywood, el mundo de la izquierda cultural y elegante de París, sin pasar por alto periodistas, poetas o profesores universitarios. Todos eran bienvenidos. “La bohemia y la homosexualidad rampantes de un Guy Burgess —dice Koch— formaban parte de este estalinismo artero y de su penetración en el grupo de Bloomsbury”.

Identificar el estalinismo con los valores más preciados de la cultura progresista occidental y hacer notar que era una parte imprescindible de la vida ilustrada, era el efecto final.

Willi Münzenberg llevaba adelante su vasta tarea acompañado, en primera fila, por dos miembros de la

pequeña aristocracia rusa: la baronesa Moura Budberg, que fue amante de Gorki y de H.G. Wells, y la princesa María Pavlova Koudachova (agente especial bajo el control directo de los servicios secretos soviéticos).

Además de revelador, el libro *“El fin de la inocencia”* es contundente en su desnudamiento de la extraordinaria conspiración estalinista, a medida que va desmontando el complicado entramado de engaños, manipulaciones, agentes dobles, juicios apañados, violencia y muerte, puestos en marcha en los mismos años en que Hitler y Stalin planeaban su triste alianza.☪

Rubén Loza Aguerrehere
(Nuestro corresponsal en Montevideo)